

Aquí hay espacio para nuevas plumas y nuevas colaboraciones en esta revista, cuyo tema trimestral suele anunciarse en www.amigosmilani.es con antelación

Política y decadencia de la vida comunitaria. Apuntes para una educación centrada en la persona

José M. Bautista-Vallejo

El mundo moderno se caracteriza por la ambivalencia. También por la incertidumbre. Hoy acompañan a la persona generando nuevos significados para su vida, lo que permite múltiples explicaciones de lo que acontece en el mundo y deja vía libre para los que tienen más poder mediático o político y ganan terreno en la sociedad de consumo, donde se afana el ser humano con su hedonismo.

Otro marco que explica el mundo moderno es la sociedad del espectáculo, donde hombres y mujeres evitan problemas y dolores ante los placeres de la vida, entre comunidades y personas en desmoronamiento.

En este panorama, buena parte de la política y, sobre todo los partidos políticos, se convierten en una herramienta de decadencia de la vida comunitaria. Así, ¿qué puede hacerse de nuevo para poner a la persona en el centro de este escenario, con protagonistas que trabajen desde la educación en un horizonte de futuro? Parece cada vez más claro que ya no es una simple comunidad, sino una masa de objetos individualizables, una mezcla singular de anarquía y de tiranía, visible en el individuo anónimo. Una expresión tiránica es la del hijo que martiriza a padre y madre, lo tiene todo y sus deseos son la norma suprema. Véase el aumento de la violencia de hijos a padres, tema cada día más preocupante y casi pasado por alto en la política educativa oficial.

Dentro de esa ambivalencia se habla de una sociedad de individuos sin carácter, de una sociedad sin rostro, del mundo del *se*, cargada de ideas generales y de opiniones vagas. Es el mundo de las posiciones neutrales y del conocimiento impersonal, donde reina el “se dice” y el “se hace” y surgen las masas, cuyo anonimato lo aprovechan los partidos políticos

y sus entes de opinión, el poder de las encuestas “cocinadas” para diseñar una política educativa a medida de las ideologías de unos cuantos. Pero el ciudadano observa que los partidos se han burocratizado en la crisis y, a la vez, prepotencia del Estado. Un Estado que ha arrebatado a la sociedad civil sus funciones y



una sociedad que no sabría sostenerse sin las muletas estatales. Esto muestra, una vez más, que la dominación del Estado causa siempre, a la larga, el declive letal del individuo y de la sociedad civil.

Y los partidos políticos han sido frecuente instrumento de esta dominación y prepotencia estatal. Y es una de sus leyes favoritas la educativa.

Una muestra la tenemos en las llamadas competencias, que se consolidaron desde el año 2006 con la LOE. El sistema educativo tiene la obligación de formar en competencias – ahora son 7 y las hermanitas pobres del sistema – pero no lo hace. El resultado está a la vista. Cada año un 18’3 % del alumnado abandona el sistema educativo obligatorio. Esos alumnos no entendieron las competencias.

Y de los que se quedaron, nadie sabe el dato exacto de cuántos las aprehendieron. No deben ser muchos a la luz de las cifras de empleo juvenil, que hacen temblar.

Para Dietrich von Hildebrand, la educación es la intención de hacer el bien (*intentio benevolentiae*).

Este debe ser el principal objetivo de nuestras leyes educativas, y de los partidos que las promueven. Pero no parece ser así, al menos en muchas ocasiones. El poder de seducción del Estado y de los partidos que ejecutan sus políticas es enorme, frente a un ciudadano sin dominio: individuos reducidos a simples deseos, ciegos al misterio de la existencia real y ciegos ante las desgracias que no son íntimas.

La política educativa que se ejerce hoy parece tener el mismo objetivo: el bienestar del presente y el

futuro del individuo. Pero sus propuestas resultan variopintas y hasta antagónicas.

¿Lo parece o lo son?

Un ejemplo final de ello es la consideración del fracaso escolar. Por un lado, nadie sabe exactamente a qué número de la población corresponde. Y, por otro, su interpretación es increíblemente dispar, es decir, el fracaso escolar, como hecho, llega a los partidos con una naturaleza debilitada y estos construyen un relato sobre él para legitimar sus propuestas. El resultado es doble: por un lado, los programas electorales lo abordan sin ambages y, por otro, se da una situación descontrolada que depende de factores que nadie tiene en cuenta, y menos los partidos políticos, cuyo interés final por el fracaso es, en la práctica, realmente pobre

Charles Péguy afirmaba que la política debe ser la organización sistemática de la caridad. Ciertamente la educación es un acontecimiento ético. Démosle contenido, por lo tanto, al valor de la educación.

